Lo lógico hubiera sido irme, tejer un mínimo plan para matarlo y ejecutarlo sin dilación ni premuras, sin compasión. Pero la Lógica depende mucho del escenario y de las personas, por más que los teóricos quieran estudiarla desprovista de contenido. Ocurrió que, mientras acechaba, a unos pocos metros de mí aparcó el vehículo de un fontanero. Yo lo vi bajar y abrir el portón trasero, coger la caja de herramientas y entrar en una tienda de fontanería y aparatos sanitarios. Y, para lo que interesa a esta historia, vi que en la furgoneta se quedaba un destornillador mediano de mango grande. Eran muchas coincidencias y muchos reclamos para alguien como yo: si la fatalidad era –yo eso creía– la propensión irrenunciable del universo de ordenarse a sí mismo, el azar era un instrumento de la fatalidad. Me hallaba frente a la casa de aquel hombre, yo quería matarlo y al lado había una herramienta que podía ser utilizada como un arma. ¿Acaso no pedían los hechos, la disposición de los objetos y el estado de las almas afectadas que se consumara la acción? La Lógica y la Fatalidad –intuí entonces– no siempre van de la mano.

Me acerqué, abrí el portón del coche y cogí el destornillador, que guardé bajo la manga derecha. Entré en el inmueble apretando un botón cualquiera del portero automático y haciéndome pasar por otro. Dentro, los sentimientos de mi perseguido estaban pegados por todas partes. Cuando subí al ascensor, percibí en qué planta se bajaba. Cuando salí al pasillo, descubrí enseguida cuál era su piso. Cuando estuve frente a su puerta, me enteré de lo que estaba haciendo detrás de ella y que estaba solo. Tampoco en el piso de al lado había nadie. Antes de apretar el timbre, deslicé el destornillador por el brazo, lo empuñé con fuerza y lo oculté en la espalda. Mi llamada le suponía una pequeña contrariedad: se había quedado dormido y llegaba tarde al trabajo. Yo lo sentí acercarse, noté su expectación y que titubeaba y supe que me observaba por la mirilla y que no me reconocía.

Abrió la puerta, pero solo hasta el tope de la cadena que había asegurado anteriormente. Se asomó por el entreabierto, protegido por la prudencia hinchada de los cobardes, y me preguntó qué quería.

–Nos vimos en el funeral de Damiel. Soy amigo de Ania –le dije.

Como el poder cuando llama al corazón del ambicioso o el dinero al del avaro, Ania era la única que me abriría la puerta de aquella casa. Aquel hombre estaba desquiciado por recuperarla, todos los ángulos de su podrida felicidad pretendían en exclusiva su sumisión y sufrían por no tenerla.

–Sí, yo también lo soy –me contestó.

–Lo sé. Ella me ha hablado de ti.

Era una expresión medianamente afortunada. Convenía ser más directo. Su obsesión por Ania no era muy inferior a la prevención que tenía ante los desconocidos.

–De ella trata lo que quiero decirte –continué–. He venido desde muy lejos para darte un recado.

Sé que pensó decirme qué recado es ese, que sintió de nuevo la presión de la urgencia y que en sus labios tuvo hilada una frase para la negativa: no puedo pararme, llego tarde al trabajo, yo la llamaré luego.

–Será un minuto, te lo prometo –le aseveré anticipándome.

Nunca se sintió confiado. Abrió la puerta con la suspicacia del ladrón, pero a mí me daba igual. Abrió la puerta y eso fue suficiente. La abrió después de emparejarla para poder desenganchar la cadena. Me perdió de vista unos segundos y cuando volvió a verme ya tenía el metal clavado en el vientre.

–Te mentí: ella no se acuerda de ti para nada –murmuré ante sus ojos espantados.

Fue una carnicería: el destornillador no es un instrumento diseñado para el crimen y yo no tenía aplomo bastante como para rediseñar la acción. Carnicería, en el idioma en que escribo estas páginas, hace referencia a la efusión de sangre y al exceso en el destrozo físico. En ese idioma no hay término equivalente para la escabechina del alma. El lector entenderá, no obstante, que la demora en la muerte produjese en los sentimientos los mismos estragos: la escandalosa pérdida de los humores, el desgarro de los tejidos, el desmembramiento y la desfiguración. Todos los materiales del piso quedaron impregnados de horror para siempre. Y tan palpablemente que en el futuro los visitantes de aquella vivienda confundirían los alientos de las cosas que fueron testigos del asesinato con voces de ultratumba.

Cuando dejó de sentir, yo tenía el traje manchado de sangre, el corazón, desbocado, me latía en la garganta y tenía los sentidos atestados de sus últimas sensaciones. Recuerdo que me senté en un sillón para recuperar el aliento, que transcurridos unos minutos noté en la mano el destornillador y que entonces, como un reflujo repentino, padecí esa suerte de aflicción que pesa sobre el delator infame.

–Ahora es mía –me dije para contrarrestar el sabor de la amargura–, mía y de nadie más.

Cerré los ojos y me recreé en las facciones del espíritu de Ania hasta que me quedé dormido. Cuando me desperté, tenía el destornillador agarrado sobre el regazo y, a mis pies, el cadáver del exnovio de Ania me miraba con ojos ridículamente enloquecidos.

Me levanté, me puse uno de los trajes oficiales que encontré en un armario, guardé el mío y el destornillador en una bolsa y salí del piso. Ya era mediodía.